



SAN FRANCISCO DE BILBAO (1).

Cuántas veces hemos tomado la pluma para dar algunas noticias de las obras y monumentos que, aunque en pequeño número, encierra la invicta villa de Bilbao, otras tantas lo hemos hecho llenos de placer y con la satisfacción que naturalmente causa publicar hechos brillantes que honran y ennoblecen. Esta vez nuestra misión es distinta, y más triste por lo mismo nuestra tarea. El magnífico dibujo que encabeza este artículo dice lo bastante por sí solo, y es el emblema de un justo sentimiento. El único monumento gótico que conserva la villa de Bilbao, porque sea dicho de paso, el arte gótico no se está tendiendo con pureza en este país, va á desaparecer, y acaso no estará lejos el día que la pica del cantero y la palanca del peon de albañil harán esfuerzos para arrancar y demoler los ricos sillares que tiempos atrás se trabajaron y esculpieron por manos maestras é inteligentes.

(1) El doctor D. Ignacia de Arregui y Heredia, secretario de la comisión de monumentos artísticos, hoy director del Instituto vasco, escribió en el año de 1826 una memoria descriptiva de este hermoso templo, y mandó á la comisión central varios dibujos y detalles de sus capillas y enterramientos.

La iglesia de San Francisco (1), precioso tesoro del arte gótico y arabesco en varios de sus detalles, hablamos relativamente, en ruya gallarda nave ostenta las tres épocas marcadas que florecieron hasta el siglo XVI, en Toledo y en Sevilla (2), tiene que arruinarse, y tal vez las preciosas ogivas que la alumbran, los variados enterramientos de las capillas, los esbeltas columnas agrupadas de distintos gustos, y los lindos adornos de delicada crestería, doseletes y capivi-

(1) En la descripción histórica artista de la villa de Bilbao, que hizo en el viaje pintoresco por las provincias vascongadas un distinguido literato que hoy ocupa un puesto elevado en la nación, se lee lo siguiente: «La grande y santísima iglesia del imperial San Francisco, fue construida el año de 1501 y consagrada al rey Don Carlos I de España y Y emperador de Alemania el año de 1559, la facultad de usar de sus armas imperiales y reales; su torre es alta, ligera y elegante, y al presente está sin cruz ni florba en el remate.»

(2) Aunque se fue la construcción de este templo en el año de 1501, por lo que se ve en el carácter de arquitectura de la grande nave, á los proyectos en tres de las épocas; así se observa también en la parte material de los muros de sillares, en donde se conocen los muros, y así igualmente se deja comprender por la distinta forma de las fachadas exteriores.

unos arcos (véase la lámina), se emplearán en paredes que sirvan para contener un terraplen, ó cimentar los lienzos de un edificio cualquiera. La hermosa planta de una nave gentil que mide mas de doscientos pies á un lado y cincuenta al otro, sin contar las repillas, que ha resistido á las guerras y discordias civiles, que han respetado los siglos y hasta la inercia de los tiempos, en un abandono de cerca de veinte años, la mano del hombre se ha encargado de arrancar y sustituir para siempre.

Desgracia es á la verdad que tal suceda en un pueblo en donde se adorna y se construye, se decora y se ennoblece: lo repetimos, ocasiona hemos tenido de ocuparnos con orgullo de esta tarea, ocultando quizá este presentimiento, que aunque se estaba viendo venir desde hace algunos años, nunca lo pudimos ni debimos creer.

No acertamos á discernir la causa que fecundiza ocultamente el germen de destrucción en un pueblo que siempre se ha distinguido por sus valientes creaciones. Este es un fenómeno cuyo origen lo desconocemos, pero que desgraciadamente palpamos sus consecuencias desde principios de este siglo. De esta época data solamente el genio del desacierto, si así puede llamarse, porque no tenemos noticia que hasta el año diez y seis haya sucedido demolición de ninguna obra que reuniese mérito artístico.

Hubo hasta estos años una elevadísima torre correspondiente á la basílica de Santiago, que ocupando el centro mismo de la población, se enseñoreaba sobre todos los edificios de ella, y parecía el continente y guía de sus habitantes; su magnífica campana de reloj, de las primeras de España, colocada á una altura sorprendente, estendía su argentino y claro sonido distintamente á las mas lejanas barrias: á una legua de distancia, según dicen los antiguos, pues esta torre, primera también en el señorío, por las circunstancias que en ella concurrían, se derribó el año de 1817, cuando aun nosotros éramos niños. Ahora que tenemos noticia de la causa de su demolición, por haber sido que personas inteligentes declaraban ser extraordinaria su altura para que resistiesen los débiles fundamentos de que era el cuerpo primero sobre planta, no estamos precisamente en esta disposición, pero sí sentimos que aquellos profesores de mérito conocido no estudiaran mejor la nueva obra, y sustituyesen la antigua con una cosa digna de una villa rica y elegante, justamente en los años en que el puerto de Bilbao tenia nombre en ambos mundos, floreciendo su comercio admirablemente, y que á la sombra de sus venerandos fueros, entonces puros, la riqueza era conocida: se construyó pues en su lugar un campanario mezquino, de mala fabricación y peor gusto, en donde se veían aragonzados algunos de los adornos de la antigua torre: duró hasta hace pocos años, y como si le persiguiera el sino de la desgracia, últimamente con el carácter de provisional, el campanario se convirtió en tejahana, y este es hoy el triste recuerdo tralalen de aquel monumento (1).

Lo mismo aconteció con el adorno que remataba las antiguas casas consistoriales, derribáronlo con el pretexto, ó por el fundado temor de que amenazaba ruina, y esta obra, también dirigida por inteligentes, no supieron ó no quisieron sustituir con otra, que á lo menos cuando no se viese en ella la gracia del buen gusto, tuviese siquiera el mérito de conservación; esto mismo ha sucedido con alguna otra obra del arte, como decimos de medio siglo á esta parte, y está sucediendo hoy mismo, no solamente con el San Francisco que nos ocupa, sino también con el primero, mejor y mas elegante puente colgante, construido en España hasta hace muy pocos años. Este puente, que por los años de veintiséis y veintiocho hacia eco en la nación en donde aun no se conocía, además de su verdadera solidez, tenia algo de monumental; y cuando el viajero castellano lo veía por la vez primera al cruzar la antigua plaza donde están las casas consistoriales, quedaba agradablemente sorprendido observando su hermosura y gentileza. Fué tanta su celebridad en la época á que nos referimos, que el pueblo cantaba con frecuencia una copla, á el alusiva, que dice así:

No hay en el mundo  
puente colgante  
mas elegante,  
ni otro Areal...

El severo templete que servia de enganche y apoyo á las cadenas por el lado de la ribera, estaba construido con arte y acierto, y no chocaba absolutamente con el resto de edificio, agradable en lo general, en este término pasco. El puente se demolió sin embargo, porque el suelo y moderadamente necesitaban reforma, y también porque en las cadenas habia algunas eslabones oxidados, particularmente sobre los machos, como si esta circunstancia, no difícil de remediar, fuera suficiente motivo para derribar la parte que no tuviese relación con el

pejor: hace dos años que después de hacer las nuevas pías, de poca gracia por cierto, y después tambien de haber comenzado y colocado la mayor parte del alambre, quedó paralizado, y dicen que hay que hacerlo de nuevo. Repetimos que esto que nosotros mismos vemos no lo podemos comprender, porque precisamente Bilbao cuenta en su reducida villa un número grande de profesores de bastante genio, cuyos carreras y pines en la real academia de San Fernando han sido siempre brillantes.

Volvamos al objeto principal que motivan estas líneas: cuando se está agitando la cuestión de los caminos de hierro, como uno de los elementos que han de dar vida á las poblaciones en general, y mayor por consiguiente á los puertos, Bilbao estudia tambien su progreso, y parece que uno de aquellos que mas ventajas ofrece para su realización como camino, según los inteligentes, debe pasar por la antigua villa, por Bilbao la vieja. Siendo esto así, y de cualquier modo que sea, la población al otro lado del puente colgante y de Isabel II, se aumentará necesariamente, sea correspondiente á la jurisdicción de Bilbao ó como antejiglesia de Abando, y con el aumento de población habrá necesidad de un templo, de una parroquia; ¿y cuándo se construirá otro San Francisco situado tan ventajosamente? Si la cantidad de artistas y un visumbre de esperanza no sujetara nuestra imaginación, sin duda que nos detendríamos á mayores reflexiones; pero no, esperamos aun que no será solo el SEMANARIO archivo venerando á donde se conserva la memoria de muchas obras del arte, que la impericia, el vandalismo y la desgracia han hecho desaparecer, el que conserve los bellos recuerdos de San Francisco. Tenemos fundadas esperanzas en que nuestras presentes autoridades, celosas por demás por el bien general y por los adelantos del arte, echarán una mirada benévola hacia esos tristes restos; pues la mezquina utilidad que pudieran reportar sus mutilados materiales para emplearlos en la erección del nuevo cuartel que se edifica á su lado, teniendo abundantes en el resto de lo que fué convento, sería bien escasa comparada con el que resultaría de un precioso existencia. Cuando por todas partes se vé alzarse el genio de las artes, se crean juntas, academias y corporaciones científicas que velan, reparan, conservan y restauran las antigüedades y monumentos que se han salvado de las discordias civiles, del abandono y de la incuria, lo único que en su clase Bilbao conserva, ¿se verá desaparecer? No; lo que tanto ha costado el construir, y aún no coloso se ha sostenido al través de los siglos para memoria de las artes y de la historia, debe quedar en pie; bastante ha destruido en esta nación desventurada, y bastantes ruinas se encuentran por todos lados, que al estudioso viajero y al celoso artista le prestan sobrados materiales para llenar los periódicos artísticos y pintorescos con tristes descripciones.

Bilbao 24 de noviembre de 1852.

L. F. DE MONZ.

## LUCIO APULEYO.

Lucio Apuleyo nació en Madauro, ciudad del África, que hoy corresponde á Orán ó á sus inmediaciones, hacia el siglo segundo de la era cristiana, en el imperio de los Antoninos. Su padre, que era hombre de buen linaje y dueno de su patria, se llamaba Tesco, y su madre Salvia, la cual era originaria de Tesalia y descendiente de la familia de Plutarco y del filósofo Sexto su nieto, preceptor del emperador Marco Aurelio. Después de haber estudiado Apuleyo en Cartago, pasó á Atenas, donde se aplicó á la filosofía de Platon, y luego á Roma, donde sin maestro aprendió la lengua latina, y se dedicó á la ciencia del derecho, saliendo excelente jurispruto. Hizo luego muchos viajes con el deseo de instruirse, y se inició en los misterios de muchas deidades para conocerlos á fondo, y después volvió á Roma, en cuya ciudad, hallándose sin medios para subsistir, por haber consumido su patrimonio en viajes y estudios, se tuvo que dedicar al foro para poder vivir. Pasado algun tiempo se restituyó al África muy lleno de conocimientos, pero muy pobre, y hallándose en Oea, una de las ciudades de la región tripolitana, cayó enfermo. Hallábase en esta población un joven natural de ella, llamado Ponciano, al cual habia en Atenas conocido á Apuleyo, y le brindó con el hospedaje de la casa de su madre, viuda, llamada Pudencilla, para que teniendo mejor asistencia recobrase mas pronto la salud. Ponciano, que amaba á su huésped, sabiendo que su madre tenia intención de casarse, comió la idea de que lo verificase con Apuleyo, queriendo mas bien que un hombre de la clase y prendas de este fuese su padrastro que otro alguno. No pasó mucho tiempo sin que Pudencilla se llegase á pensar del mérito de Apuleyo y se resolviese á darle la mano; pero le dilató hasta haber estado á su hijo Ponciano con la hija de un tal Ballar. Apenas se efectuó este matrimonio, también Ballar que quería Pudencilla otro

(1) El resultado á principios de este año por obra de tiempo al otro lado de la plaza, teniamos el resultado de ser considerable entre el número y fuerza arquitectónica, en pocas palabras habia de ser un edificio de considerable, pero empujado á la ruina.

hijos, lo que era en perjuicio de su fama; trató de impedir el enlace de esta, y logró que Ponciano se opusiese á él, aunque antes lo había solicitado; pero su madre llenó á cabo su designio, celebrando su boda en una casa de campo cerca de Oea.

Poco tiempo después murió el joven Ponciano, y su tío, nombrado Sisinio Emiliano, se unió á Rufino para perder á Apuleyo, á cuyo fin publicaron que había envenenado á Ponciano, y que valiéndose de privilegios había exultado el corazón de Pudencilla. Omitiendo la primera imputación, Emiliano, en nombre de Sisinio Pudente, hijo menor de Pudencilla, alegó la segunda en un pleito que tenía con esta, en que trató de probar ante el procónsul de Africa, Claudio Máximo, que Apuleyo poseía artes mágicas, mediante las cuales había conquistado el amor de Pudencilla, y la admiró como si fuesen delitos su belleza, sus hermosos cabellos, su buena dentadura, y que tenía un espejo, como cosa indigna de un filósofo. Apuleyo defendió el mismo su causa con grande energía y elocuencia, confundió á sus acusadores, y por medio de agudos é ingeniosos rasgos los puso en ridículo, y fué absuelto por el juez. Pasó Apuleyo el resto de sus días haciendo una vida tranquila como filósofo, y compuso muchas obras en prosa y verso de las que algunas no han llegado á nosotros.



(Lucio Apuleyo.)

La opinión de mago con que quisieron perder á Apuleyo se disipó por entonces; pero quedaron algunos rumores que se reavivieron después de su muerte, y se fueron abultando de modo, que los paganos sostenían que había hecho un gran número de magos que igualaban á escuderos á los de Jesucristo. Fundaban algunos esta opinión en haber sido autor del *Asno de Oro*, que tenían, no por fábula, como lo es evidentemente, sino por una historia verdadera, sin duda por haber leído esta obra sin reflexión, ó tener noticia de ella solo por oídas. El asunto de esta ingeniosa fábula es, que estando Apuleyo hospedado en Tesalia, país donde tuvo origen la magia, en casa de una mujer llamada Pyrrona, donde habitaba otra por nombre Pánfila, que siendo muy gran hechicera, con varios amuletos que tenía se transformaba en la especie de animal que quería, vióla una noche en que se la mostró su criada Fotis, desde un lugar secreto, cuando ufándose con uno de aquellos amuletos se transformó en buho, y salió volando por una ventana. Apuleyo, movido de una vehemente curiosidad, quiso convertirse también en buho; mas por error de Fotis, que equivocó el bote, se batió con uno que le convirtió en asno. Acometieron ladrones á la casa, y robaron á Apuleyo convertido en asno, con las demás caballerías que había en ella. Lo restante de la fábula contiene graciosísimas aventuras, algunas nada honestas, que acaecieron á Apuleyo, vendido y revendido á diversos dueños, con lo que pasó muchos trabajos, hasta que comiendo unas raíces, que era el remedio para restituirse á su natural figura, la recobró. Esta, como se conoce evidentemente, es una mera fábula, y así lo dice su mismo autor al principio: *fabulam graecanicam incipimus*, y por consecuencia ficción cuanto se dice en ella, por lo que de ningún modo puede servir de argumento para probar que Apuleyo poseyó las artes mágicas.

Era Apuleyo de corazón generoso, y su liberalidad en socorrer á los indigentes, favorecer á sus amigos, mostrarse agradecido á sus maestros dando dotes á sus hijos, contribuyó á consumir su patrimonio. A las más relevantes dotes de espíritu reunía Apuleyo un bellísimo rostro y gallarda persona: háse aquí cómo se pinta él mismo en el libro XI del *Asno de Oro*: *vineformis proceritas, succulenta gracilitas, rubor temperatus, flavus et inaequaliter capillitium, oculi cetero quidem sed nigles et in aspectu melahtes prorsus aquilino, gunguocervum floridis speciosus et immeditatus incessus.*

Los sabios de todos los siglos han hablado con grande elogio de Apuleyo, y entre ellos otro grande ingenio africano, San Agustín. Aun viviendo adquirió gran fama y celebridad por su saber, y tanta, que le erigieron estatuas en Cartago y otras ciudades.

Apuleyo dejó muchos monumentos de su laboriosidad y aplicación á las letras: tradujo el *Fedon de Platón* y la *Artimética de Nicómaco*, y escribió de *Repubblica*, de *Numeris*, de *Música*, *epistolae ad Cornelium*, *Proverbia*, *Hermagoras*, y los libros titulados *Ludicra*, todos los cuales escritos no han llegado á nosotros. Conservanse otros que son: *Floratorem libri III, de dogmate Platónis, de Philosophia sive de deo Socratis, Apologiae sive orationes decem pro se ipso, de mundo sive cosmographia de Medicamentibus herbarum, de Syllogismo categorico. Mercurii trimegisti Adeptus de voluntate dei L. Apuleyo interprete*, y finalmente *Metamorphoson, sive lusus astri libri XI*.

Esta obra, conocida con el nombre de *Asno de Oro*, es la que ha dado celebridad á Apuleyo; pero el argumento no es original: su primer autor fué Lucio de Patras, de quien reduciéndolo á compendio lo tomó Luciano, y de este Apuleyo, que lo perficó y le hizo muchas adiciones, entre ellas la de la fábula de Psiquis y Cupido, que ha pasado por la más bella de la antigüedad en su género. Sus incidentes están tan ingeniosamente encañados los unos con los otros, y son tan adecuados al asunto, que el *Asno de Oro* puede ser considerado como un modelo de las obras de su clase. Su estilo, aunque algo áspero y extraño, es vivo y energético, y aunque el autor se vale á veces de términos que no hubieran sido tolerables en el siglo de Augusto, no desagrada por lo propios que son para expresar lo que pretende.

Mr. Warburton, escritor inglés, piensa que el verdadero designio que se propuso Apuleyo en la composición de su fábula, fué recomendar la iniciación en los misterios gentílicos, contraponiéndolos á la religión cristiana que se iba introduciendo por todas partes. Mas cualquiera que haya sido su intento, el *Asno de Oro* es una de las obras notables de la antigüedad, que contiene profunda doctrina moral, al mismo tiempo que ofrece grande interés y agradable entretenimiento.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

## TEATRO DE SOLIS.

Hicó el último periodo del gran siglo de nuestra literatura dramática, y cuando esta, después de haber tocado en su brillante apogeo en manos de Calderón y de Moreto, anunciaba ya su decadencia y eclipsa entre las nubes del mal gusto y las exajeraciones de la fantasía de los Matos y Cubillos, Mendozas, Diamantes y Cancianós, aparece una elevada figura, un insigne talento verdaderamente dramático, para recoger, puede decirse, y consignar dignamente los últimos acentos de nuestra musa escénica.

Este fué D. ANTONIO SOLÍS Y BRAYENETRA, tan célebre en otro concepto en nuestra república literaria, como elegante historiador de la *Conquista de Nueva España*.

Nacido en Alcañá en 1640, su ingenio peregrino, su natural agudeza y su extraordinaria instrucción, adquirida en una brillante carrera en ambas universidades de Alcalá y Salamanca, le permitieron desde muy joven distinguirse y brillar con obras literarias de un mérito poco común, y entre otras, con una comedia que llevaba el título de *Amor y obligación*, que compuso á los diez y siete años de su edad, y fué muy bien recibida del público. Patrocinada luego por el conde de Orpesa D. Duarte de Toledo y Portugal, virey que fué de Navarra y de Valencia, y posteriormente presidente de Castilla, uno de aquellos distinguidos magnates que se honraban en dispensar su protección á los ingenios, pudo desplegarle á su sombra el fecundo de Solís y brillar desde la altura conveniente en aquella corte pública é ilustrada. Secretario primeramente del mismo conde de Orpesa, y después de S. M., oficial de la secretaría de Estado, y cronista mayor de Indias, tuvo ocasión en su larga vida y en el desempeño de tan importantes empleos, de acreditar su somenso instrucción en las ciencias políticas; en sus obras literarias, y señaladamente en la magnífica *Historia de la conquista de Méjico*, su erudición, su genio y su buen gusto. Y por último, liestó en el cultivo de las musas, á que

por inclinacion, irresistible, sin duda, solia dedicar los cortos momentos que le permitia el ejercicio de sus importantes funciones, dejó consignado su variado talento, su discrecion y lozanía, en términos de merecer ornar su frente con esta doble corona.

Todavía en la larga y bien aprovechada carrera de su vida tuvo tiempo de dedicar el último tercio de ella al ejercicio de la profesion y á la práctica de las virtudes religiosas; siguiendo el ejemplo de sus grandes maestros Lope de Vega, Calderon, Moreto y Tirso de Molina, se ordenó de sacerdote á la edad de cincuenta y siete años, y dijo su primera misa en 1667, en el noviciado de la compañía de Jesús, cesando desde aquel momento absolutamente en el cultivo de las musas, hasta el punto de negarse á componer ni aun los Autos sacramentales de día del Corpus, en que habia alcanzado tantos lauros D. Pedro Calderon, y ni aun quiso terminar una comedia que tenia empezada, y llevaba el título de *Amor es arte de amar*. La práctica de sus deberes religiosos, el ejercicio de las virtudes cristianas, y la continuacion de sus tareas como coronista de Indias, en una segunda parte que dejó sin acabar y no ha sido impresa, ocuparon los últimos años de su vida, hasta que en la avanzada edad de setenta y nueve falleció en 10 de abril de 1686, siendo depositados sus restos mortales en la capilla de Nuestra Señora del Destierro, del convento de San Bernardo, demolido en nuestros dias.

Como nuestro objeto no sea mas que el de considerar á Solís como poeta dramático, prescindiremos de los altos títulos que le recomiendan como político, como historiador y como lirico poeta, para tomar únicamente en cuenta el escaso, aunque precioso repertorio de su teatro, limitado á corto número de comedias, si bien abundante en prendas de valor y mérito literario.

El tomo que las comprende todas, ó por lo menos las nueve reconocidas como auténticas de Solís, fué impreso hasta antes años después de su muerte, en 1716, por licencia concedida á Antonio de Reyes, vecino ó impresor en esta corte; así como tambien otro tomo de poetas sagradas y profanas del mismo Solís. Dánsele tambien algunas otras comedias que fueron impresas á su nombre, pero se cree que en ellas solo tuvo Solís una parte, como en la de *El pastor Fido*, que escribió en colaboracion con Calderon y D. Antonio Coello; la de *El mayor triunfo de Julio César y batalla de Farsalia*; la de *La firme lealtad*; la de *La mas dichosa venganza*; y algunas otras que no fueron incluidas en la colección póstuma, segun la nota puesta al pie de la misma, por tenerse por cierto no ser de Solís.

Viniendo ahora á las nueve reconocidas que aquella comprende, nadie podrá negar la justicia con que por ellas se ha colocado á Solís en un lugar señalado entre nuestros buenos dramáticos de segundo orden, y uno de los mas acertados y últimos representantes de la comedia de Calderon y de Moreto. Careciendo seguramente de la invencion y ardiente fantasia del primero, y no llegando tampoco al grado de fuerza rómica y de buen gusto del segundo, D. Antonio Solís (en quien sin duda el cultivo de las musas no era una profesion verdadera, sino la distraccion de mas serios trabajos), demuestra sin embargo que su peregrino talento, su esquisita instruccion y su gusto cultivado, le permitian cruzar las armas de su ingenio con aquellos admirables modelos, y mantener con honor el campo escénico español, después que de ellos se viera abandonado.—Prueba de ello son en el estilo heroico sus comedias de *Euridice y Orfeo*, *Triunfos de amor y fortuna*, *Las conasas*, y sobre todo la preciosa de *El alcázar del secreto*, en las cuales acertó á imitar á Calderon hasta en sus mismos extravíos; y en el género cómico las de *El amor al uso*, *Un loco hace ciento*, y *La gitana de Madrid*, que por su discrecion, regularidad y vis rómica, pueden competir con las mas celebradas de Moreto.—Especialmente la primera, que mereció los honores de la traduccion al francés por el poeta *Scarron*, bajo el título de *L'amour à la mode*, es reputada justamente como una de las mas discretas y cómicas producciones de nuestro antiguo teatro, y de ella dice uno de nuestros mas eminentes poetas y críticos contemporáneos, el señor Martinez de la Rosa, lo siguiente:—«Invencion agudísima, traza sutil, situaciones cómicas, burla viva y donosa de un defecto muy común en hombres y mugeres, lenguaje castizo y ameno, versificación fluida, chistes graciosos y oportunos, todo contribuye á recomendar esta composicion bellísima, que tiene asegurado su éxito y aplauso, mientras dure en el mundo «la maldita moda, antigua á lo que parece, de amar poco y ponderarla mucho».—Preciso seria copiar aquí toda esta preciosa comedia para reconocer hasta qué punto es justo aquel elogio; pero ya que esto no sea posible, escogaremos algunos de los trozos y chistes que la esmalan y sirven para retratar fielmente á los personajes en que se quiere emblematicar cómicamente el falso amor. Véase en prueba lo que dice la dama para disculparse de haber dado una cita á uno de sus galanes.

DOÑA CLARA. Aunque vez mi condicion  
tan galante y esparcida,  
te prometo que en mi vida

he dado esta permission,  
sino es solo á Don Gaspar,  
que por hablar de buen gusto  
alguna noche, este susto  
he querido atropellar.

Y esto no es quererlo yo,  
que eso de que amoréngame  
abras y rinde, es patraña  
que algun ocioso inventó,  
Amor es duende importuno  
que al mundo asombrado trae,  
todos dicen que le hay,  
y no le ha visto ninguno.

¿A quién no causa fastidio  
esta pasion amorosa,  
no siendo amor otra cosa  
que una fábula de Ovidio?

¿Y qué importa que se nombre  
amor este devaneo,  
si es confirmar el deseo  
y luego mudarse el nombre?  
¿Válgate Dios por dolencia  
no acabada de entender!

¿es esto mas de creer  
que está allí mi conveniencia?

¿No tira la voluntad,  
geometra superior,  
todas las líneas de amor  
al punto comodidad?

Yo no sé si á mi me tiene  
ciega en lo que me aconseja;  
pero bien sé que me deja  
mirar lo que me conviene.  
Y si está en mi pecho fiel  
algo mas privilegiado  
hoy, Don Gaspar, es que he hallado  
mas conveniencias en él.  
Porque el querer con fervor  
á otra, es amor impropio,  
y así solo el amor propio  
viene á ser el propio amor.

ó estotro diálogo entre el galán y su criado que viene á ser una glosa de las mismas ideas de la dama:

OTROÑO..... Quien no te ve fiero aquí,  
allí airado, allí quejoso,  
acullá fuera de tí,  
siempre en el afán ocioso  
de dar de aquí para allí.  
Ya te acredita de amante  
el favor, y ya la ira,  
cuiéndose á cada instante  
del color de la mentira,  
normalte te sembrante.  
Válgate el cielo, señor,  
no te acabo de entender;  
¿qué es esto?

D. GASP..... Todo es amor.  
OTR..... ¿Cómo? ¿El engaño ha de ser  
amor?

D. GASP..... Por eso mejor.  
OTR..... ¿Pues no es amor un confuso  
accidente apetecido,  
un fuego en el alma infuso,  
y un hiefo al aliento unido?  
D. GASP..... Si eso es amor, no es al uso.  
OTR..... ¿No es amor un leve ardor,  
no es un daño procurado,  
un apacible dolor  
y un dulcísimo cuidado?

D. GASP..... No es al uso, si es amor.  
OTR..... ¿Pues no sabremos cuál es  
amor al uso, señor?

D. GASP..... En mi pecho no lo ves?  
OTR..... Explícamelo mejor.

D. GASP..... Oye lo pues.  
OTR..... Dilo pues.  
D. GASP..... Arreditar sin pena una pasion,  
perder miedo y cariño á la belleza.

hacer su voluntad sin voluntad,  
suspitar sin dar cuenta al corazón;  
No matarse en pasando la ocasión,  
llorar en ella por curiosidad,  
formar de una mentira una verdad,  
hacer de una palabra una razón;  
Mudar de sitio en el primer vaiven,  
arrojar los pesares por ahí,  
recibir los favores al desden;  
Y en fin, para acabar de estar en tí,  
querer á todas las mugeres bien,  
y mal á cada una de por sí.

Finalmente, estas preciosas décimas en que prorrumpe la dama, y en las que parece dominar ya un sentimiento mas natural de la pasión mas amorosa, espresado en términos que no desdecirían en boca de la mas amarielada dama de Lope de Vega ó de Calderon.

Pensarás ingrato amante  
que á mí me hace novedad  
el ver esta variedad  
en tu pecho y tu semblante;  
pues no, ninguna se espante  
ni otra acción del hombre espere,  
qué el que mas gime y se muere  
por vencer nuestro desden,  
dice lo que quiere bien,  
mas no dice lo que quiere.  
El hombre menos traidor  
atrás nuestro engaño deja,  
y está el ser mejor su queja,  
en que se queja mejor;  
nosotras nuestro dolor  
no le sabemos decir,  
sentirle sí, hasta morir;  
pero ¿qué viene á importar,  
si nos falta el ponderar  
que es el alma del sentir?

La comedia de *La gitanilla de Madrid*, es otra de las que pasan justamente por de las mejores de Solís; y en efecto, es notable por la inteligencia en la conduccion de la intriga, por la gracia y verdad de los caracteres, por la regularidad clásica de la acción, y por la soltura del estilo; pero preciso es convenir que en ella, como en otras varias de sus composiciones dramáticas, renunció Solís á la invención propia, limitándose á poner en acción un argumento trazado anteriormente por otros autores; el de esta está evidentemente copiado de la novela de Cervantes que lleva el mismo título, y que tambien habia trasladado ya á la escena el doctor Juan Perez de Montalvan, y por cierto que su comedia no desmerece, sino es ya que aventaja á la de Solís. A pesar de ello, hablando de este autor y de esta comedia en su *Paratodos*, el calumniado Montalvan decia: «D. ANTONIO DE SOLÍS escribió la *Gitanilla*, comedia excelente, y quien conoce su espíritu, talento y ciencia, á todas luces creerá que como en esto fué superior lo será en lo demás.

*Un bobo hace ciento*, si bien pecando demasiado contra la verosimilitud, y tocando en su argumento en una complicacion estremada, es por otro lado un tejido de chistes y sales cómicas en que luce y campea el gran talento, el gusto y la festividad urbana de Solís, y la aseguran perpetuamente un lugar señalado en nuestra escena.

Otro tanto quisiéramos poder decir de las comedias de este autor en el género heroico; pero ya sea porque siguiésemos en ellas la corriente del gusto público, ó ya porque siendo dedicadas á representarse en los reales palacios fuera condición *sine qua non* la de adoptar la moda que en ellos habian acreditado Velez de Guevara, Cubillo, Mendoza, y otros muchos, hasta el mismo Calderon, es lo cierto que al leer los delirios, las metáforas, las hipérbolos y retrocéanos de *Euridice y Orfeo*, *Las Amazonas*, y *Triunfos de amor y fortuna*, nadie creeria estar escuchando al autor de *El amor al uso*, si bien en la de *El alcázar del secreto* supo llevar la imitación á tal extremo que nos parece oír la fantástica musa del gran Calderon.

En todas ellas se descubre el ingenio y la culta espresion de Solís, y de ello pudiéramos ofrecer infinitos ejemplos si no temiéramos cansar la atención de nuestros lectores. Sirvan sin embargo de excepcion algunos que tomamos al acaso en las mismas citadas comedias.

En la de *El alcázar del secreto* se halla este diálogo glosa que parece robado al mismo Lope de Vega:

ALCINA..... Los remedios del olvido  
no los conocí jamás,

que siempre he querido más  
lo que olvidar he querido.  
ASTREA..... ¿Qué te importa, amor, hacer  
esfuerzos, ni porfiar,  
si la ciencia de olvidar  
se consigue sin querer?  
Discurso, engañado estás,  
que aunque yo te he persuadido,  
los remedios del olvido  
no los conocí jamás.

DIANA..... Quien aspira á la victoria  
de una pasión impedida,  
si se acuerda de que olvida  
se queda con la memoria.  
¿Qué es lo que intentas, sentido?  
no forcejes; ¿dónde vas?  
que siempre he querido más  
lo que olvidar he querido.

ASTREA..... ¿Qué importa que mi pasión  
con mi razón se despeche,  
si para que me aproveche  
he de olvidar mi razón?  
Corazón, no insistas mas,  
pues yo que el daño he sentido,  
los remedios del olvido  
no los conocí jamás.

DIANA..... Quien de olvidar hace empeño  
no lo podrá conseguir,  
que el deseo de dormir  
suele desterrar el sueño.  
Discurso, no estás rendido  
si tan obstinado estás,  
que siempre he querido mas  
lo que olvidar he querido.

O este otro en el galán y el gracioso en la comedia de *Amparar al enemigo*:

D. CARLOS... Si tú supieras amar,  
con lo que hoy en mí sucede,  
te pudiera aquí probar  
cuán mal olvidarse puede  
lo que se quiere olvidar.  
Pero de amor la pasión  
ignoras, y así no pido  
consuelos á tu razón;  
porque quien no ha padecido  
no sabe de compasión.

MUÑOZ..... También yo amar he sabido;  
mas por mugeres, señor,  
pocas veces me he afligido,  
que de cualquier sinsabor  
con un dexo me despido.  
Vosotros os deshaceis,  
os podéis y aniquilais.

D. CARLOS... Los pícaros no queréis,  
solamente deseáis.

MUÑOZ..... Y los señores ¿qué haceis?

Ultimamente, como muestra de la viveza y chiste cómico del diálogo de SOLÍS, no podemos resistir al deseo de transcribir dos trozos de los puestos en boca del gracioso en la comedia fantástica de *Euridice y Orfeo*. Habla en el primero con su muger, y en el segundo con dos ministros del infierno;

FENISA.....  
la sogá hurtaron del pozo.

ANFRISO..... ¿La sogá del pozo hurtaron?  
¿pesar de quien me parió!  
de nada me pesa tanto;  
¿la sogá?

FEN..... Sí, señor mío,  
la sogá.

ANF..... ¿Y no habrá quedado  
otra sogá vieja en casa?

FEN..... Ni una hilacha, ni un esparto.

ANF..... Miradlo bien.

FEN..... Bien lo he visto.

ANF..... ¿No habrá siquiera un pedazo?

FEN..... ¿Para qué?

ANF..... Para ahorcarmé.

- FEN..... Tened, tened, que ahora caigo  
en que un pedazo ha de haber  
que estaba para estropajos,  
y no mudará de oficio  
si en vos se viere empleado.
- ANF..... Alto, pues, yo me he de ahorcar  
por salir de mal estado:  
vamos, muger.
- FEN..... En mi vida  
os ví andar con tanto espacio.
- ANF..... Vamos, pues; pero muger  
¿sabeis en lo que he pensado?
- FEN..... ¿En qué, marido?
- ANF..... En ahorcarme  
todo entero.
- FEN..... A eso tiramos.
- ANF..... Sí, mas donde fuere el todo,  
¿no ha de ir la mitad?
- FEN..... Es llano.
- ANF..... Pues si vos sois mi mitad  
yo me resuelvo á empezarlo  
por vos, y conformé os fuere  
proseguiré mi trabajo.
- FEN..... Malos años para vos.
- ANF..... ¿Maridos desconsolados,  
el camino que elegisteis,  
angosto es, pero no es largo.

Descúbrese el infierno, y queda Anfriso en medio de dos ministros.

- 1.<sup>o</sup>..... Paréceme (¿con quién hablo?)  
que tiende de verse aquí  
algun miedo: ¿no es así?
- ANF..... Acertó: digo que es diablo.
- 1.<sup>o</sup>..... Lléguese acá.
- ANF..... Mas deseo  
huir de aquí como un galgo.
- 2.<sup>o</sup>..... Mire hacia adentro ¿ve algo?
- ANF..... Fuego de Dios, lo que veo!
- 1.<sup>o</sup>..... Allí en tormentos y calma  
muy aprisa se verá.
- ANF..... Yo?
- 2.<sup>o</sup>..... Sí.
- ANF..... Pues me pesará,  
y me pesará en el alma.
- 2.<sup>o</sup>..... Mire con cuán espaciosa  
llamas aquel fuego viene.
- ANF..... Bravísima llama tiene;  
parece eterno en sus cosas.
- 1.<sup>o</sup>..... Tres que están hacia esta quiebra  
son las parcas.
- 2.<sup>o</sup>..... Con medida  
traen el hilo de la vida.
- ANF..... Mozas son de buena hebra.
- 1.<sup>o</sup>..... Aquellas tres que señalo,  
son las furias.
- 2.<sup>o</sup>..... Su cabello  
es de culebras.
- ANF..... ¿A vello?
- Aun están en pelo malo.
- 1.<sup>o</sup>..... Aquel... mas ya se escondió.
- ANF..... ¿Quién era?
- 1.<sup>o</sup>..... El miedo, y se fue.
- ANF..... No se ha perdido.
- 1.<sup>o</sup>..... ¿Por qué?
- ANF..... Porque aquí le tengo yo.  
¿Y aquello que miro allí?  
¿quién es?
- 2.<sup>o</sup>..... La vejet.
- ANF..... Acá  
parece moza.
- 2.<sup>o</sup>..... Será,  
que por eso vino aquí.
- ANF..... ¿Y aquella?
- 1.<sup>o</sup>..... Es la desventura.
- ANF..... ¿Y vosotros?
- 2.<sup>o</sup>..... Esa es la pereza.
- ANF..... Y está de aquí?
- 1.<sup>o</sup>..... La torpeza.

- ANF..... Y la de allá?
- 2.<sup>o</sup>..... La locura.
- ANF..... Esa es mi hija.
- 2.<sup>o</sup>..... Por qué?
- Mira hermano lo que dice.
- ANF..... Yo sé muy bien que la hice  
el día que me casé.

### COMEDIAS

DE D. ANTONIO SOLLE.

- Alcazar (el) del secreto.  
Amazonas (las) de Scitia.  
Amor (el) al uso.  
Amor y obligacion.  
Amparar al enemigo.  
Doctor (el) Carlino.  
Euridice y Orfeo.  
Firme (la) lealtad.  
Jitanilla (la) de Madrid.  
Mas (la) dichosa venganza.  
Pastor (el) Fido (con Coello y Calderón).  
Triunfo de amor y fortuna.  
Un bobo hace ciento.

R. DE M. ROMANOS.

### FRANCISCO PIZARRO Y CRISTOBAL COLON.

#### I.

#### UN MAYORAZGO DE ESTREMADURA.

La vida real de nuestros pastores se diferencia mucho de la que nos pintan los poetas. En efecto, ¿dónde están las filis y las galateas con que engalanan sus églogas? No las encuentran por cierto en las praderas los mozos extremeños que en el siglo XV conducían sus rebaños por las laderas de los montes de Toledo.

Allí no se notaban señales de verde musgo ni campos esmaltados de flores: en cambio presentaba el país pendientes ásperas, un terreno cortado, rocas, á cuya sombra crecía escasa yerba, y algunos árboles enanos, cuyas raíces se estendían sobre la superficie de la roca, á falta de tierra vegetal que las alimentase, y cuyas ramas, azotadas sin cesar por el viento, se arrastraban por el árido suelo.

El pastor que acaba de salir de esa gruta, en la cual le ha obligado á buscar asilo el calor del sol, apenas aparece vestido. Un bosque de negros cabellos, que la falta de aseo ha ido ensortijando, cae sobre sus espaldas desnudas y tostadas por el sol; su cutis es tan moreno como el de un mulato, y cubre todo su cuerpo un color bronceado. El único traje que ostenta, es una especie de enagua de pelo de lobo sujeta á la cintura, la cual solo baja hasta su media pierna. Un prolongado garrote de madera dura y un cuerno de buey pendiente de su cuello, completan su traje.

Todos los días se levanta al amanecer, y acompañado de su rebaño, se agazapa á la sombra de un árbol, ó al abrigo de las rocas, ó en alguna oculta gruta: allí se duerme, hasta que alguna fiera caprichosa llega á sacarle de su letargo, y le obliga á seguirla entre rocas y barrancos.

Hoy hace lo que hizo ayer; mañana será la misma su tarea.

Y sin embargo, bajo esa frente espaciosa que encubren sus incultos cabellos, brillan unos ojos de fuego; la inteligencia se revela al través de esa máscara indiferente y grosera.

Francisco no es un pastor de Virgilio ni de Tederito; nunca han repetido los montes de Toledo los ecos de su dulce caramillo; nunca ha disputado el premio campestre á otro rival tan diestro como él; nunca se ha puesto á entonar alternadamente con *Aminta*, ni con *Tirsis* los cantos bucólicos, tan gratos á las musas. Pero el pastor de Estremadura no es un mozo ordinario: su imaginacion sigue el curso del Almonte, cuyas rápidas aguas se juntan con las del Tajo; sus pensamientos se dirigen mas allá de la ciudad de Trujillo, cuyas lejanas torres elevan sus picos de color gris, cubiertos y amenazadores.

El sol va á desaparecer detrás de los montes de la provincia de Alentejo: el joven pastor sacude su pereza, mira al astro del día que abandona el firmamento, y se pregunta á sí mismo si al día siguiente estará él en aquel mismo sitio para contemplar el mismo espectáculo.

Acércase la noche: Francisco empuña el cuerno, y en rotos sonidos da á su rebaño la señal de retirada.

Todavía no hemos dicho qué animales eran los que estaban á cargo del joven extremeño. No: su rebaño en nada se parecía al de

Móviles: este, así como los demás pastores de las antiguas égloras, habrían evitado cuidadosamente su contacto impuro, su inmunda sociedad, porque... debemos declarar; asemejábase al hijo pródigo de la Escritura; su rebano consistía... en una piara de puercos.

Mas faciles de alimentar y exigiendo menos cuidados, estos animales producen mas que los vorderos, cuya lana no se explota: son el gran recurso de los países empobrecidos. Y en verdad, la Estremadura, por los años de 1590, era pobre á consecuencia de las guerras tenares y contiñas entre españoles y africanos, y por las contiendas intestinas que asolaban todavia las Castillas y las provincias comarcas.

En prueba de aquella pobreza, solo aduniremos el alimento mas que frugal de Francisco: uná galleta de centeno ó algunas mazorecas de maiz... há aqui las provisiones diarias que lleva consigo: añade á dias las frutas silvestres que la providencia de Dios le depara, y apaga la sed que en él despertarían tan sabrosos manjares con el agua de los arroyos que bajan de los montes.



Por consiguiente no existían en el ejército de escuderos, ostentando en sus sobrecargados trajes las armas de su señor, ni pajes lindamente ataviados que sostuviesen las colas de las prolongadas túnicas de orgullosos castellanos.

En la puerta solo había un hombre pobremente vestido, de mirada adusta y severo rostro, que esperaba la vuelta de sus hijos y contaba las cabezas del ganado de cerda que aquellos conducían.

¿Quién era aquel hombre? El lector tal vez no la adivinaria... Era el señor Pizarro, el mismo señor del castillo.

Pero nuestra admiración va á aumentarse. Los animales han entrado ya en sus pocilgas, cuyas puertas quedan perfectamente cerradas.

Los cuatro jóvenes pastores se han dirigido á la única sala, que el tiempo parece haber respetado.

En el centro de la misma se ve una mesa, y los cuatro se colocan á su alrededor, entonan el *benedicite*, y dan principio á una cena frugal.



¿Quién hace los honores? — El señor Pizarro, á quien los cuatro jóvenes veneran y aman.

El mayor de ellos es Francisco: y en efecto, este mancebo, á quien poco há hemos visto casi desnudo entre los montes, lastado por el sol y guiando una manada de cerdos, es un majorazgo de Estremadura.

II

LA BATALLA.

¿Cuánto tiempo permaneció Francisco Pizarro ejerciendo la ocupación de porquero? ¿Dió por fin vidos á sus deseos que le arrastraban fuera de aquel valle tranquilo? ¿Abandonó á su padre para tomar parte en aquellos encarnizados combates, cuyos pormenores, narrados por el viejo castellano, hacían palpitar á su corazón y abrasaban su cabeza?

Nadie puede decirlo. Una circunstancia, de poquísima importancia en sí misma, decidió de la suerte de toda su vida.

Ya hemos hablado de la existencia monótona de los pastores; pero aun en la vida más uniforme, los días trascurren y no se asemejan unos á otros. Mucho trabajo costaría, en efecto, reconocer á aquel mismo pasado y de andar lento y perezoso, agobiado por el calor y la

Prosigamos sin perderle de vista.

Los amigos se han reunido al escuchar los sonidos de su rústica trompa, y empiezan á bajar lentamente las escarpadas laderas; el joven apresura el paso de los mas perezosos con su palo, y por último llegan al valle regado por el Almonte.

Otras tres piaras iguales á la suya se le reúnen allí, y otros tres jóvenes se acercan á Francisco.

Los cuatro se acogen con señaladas muestras de contento, como deben acogerse cuatro hermanos.

Después de esto, Juan, Gonzalo, Fernando y Francisco, prosiguen su ruta y llegan por fin á la entrada de un antiguo castillo.

Referir la espléndidez de este, sería faltar descaradamente á la verdad histórica. Conservaba el puente levadizo, que en aquella época de sorpresas y de incursiones á mansalva exigía la seguridad del menos acomodado señor; pero la yedra se había posesionado de la mayor parte de sus muros, el tiempo tuvo á su cargo dismantelar la antiquísima torre cuadrada que defendía la puerta, y de duplicar el número de sus aspilleras: por lo demás yacían en el fuso casi todas las enormes piedras que formaban en otro tiempo los buluartes.

Por esta pintura debe conocerse que aquel castillo no podría presentarse hoy como modelo de los que en la edad media levantó el poder feudal en España.

ambición, cuyo retrato acabamos de bosquejar en el apuesto mancebo, después tan activo, tan emprendedor y tan imperioso.

Conviene advertir que era un día de batalla.

¡Día de batalla! Esto exige explicación.

Los pastores del inmediato pueblo de Solana habían intentado muchas veces llevar sus ganados á un terreno del valle del Amonte, sobre el cual los de Trujillo pretendían tener derecho exclusivo. Varias reyertas hubian ocurrido ya en el mismo territorio que se disputaba, pero la victoria había quedado siempre indecisa. Los dos partidos pues se habían desafiado para una batalla decisiva.

Los pastores de Trujillo llegan al amanecer al campo, á las órdenes de Francisco, que es su jefe hace ya mucho tiempo, como el más enérgico y vigoroso de todos. Si no probare esto último el ardor que brilla en sus ojos, lo atestiguaría el sayal que le cubre, y que no es más que un testimonio de la terrible lucha, en la cual venció á un león formidable.

La gente de Francisco levanta rápidamente un murallon de piedras, que defiende á los jóvenes combatientes y á sus ganados reunidos.

Peró el enemigo acaba de salir de Solana, y avanza en buen orden.

Con arreglo á las prevenciones de Francisco, ningún mozo abandona el refugio improvisado: el plan consiste en dejar que se acerque el bando opuesto.

Ya se halla éste á pocos pasos de distancia; Francisco da la señal, y da principio el combate: una nube de piedras, arrojadas por brazos ejercitados, ó por hondas hábilmente manejadas, desordena el ejército enemigo: vuelve sin embargo de su sorpresa, contesta á aquella descarga con otra, y prosigue vivamente la pelea.

Dura el combate hace ya muchas horas, y el ardor no decae; el sol se inclina hácia el horizonte, y el día se acabará sin que ninguno de los dos partidos pueda vanagloriarse de la victoria.

Impaciente Francisco, quiere ser el héroe de la jornada, reúne á sus amigos, les hace empuñar sus nudosos garrotes, y abriendo una brecha en la muralla que los cubría, se arroja sobre los pastores de Solana, que al pronto se retiran y luego esperan el choque á pie firme.

La lucha es terrible; mas de un mozo cae á impulso de un brazo vigoroso ó de un garrote: se agarran cuerpo á cuerpo, se estrechan, el estruendo de los golpes se mezcla á los gritos de rabia, de cólera y de dolor; pero todo lo domina la voz del joven jefe de Trujillo, que esclama:

—Firmes aquí; antes morir que ceder... Adelante, adelante...

Caigan los moros á nuestros pies.

La victoria se declara por los de Trujillo; los de Solana huyen desprovistos y destrozados.

Los vencedores pueblan el aire con alaridos de júbilo.

Entre tanto ha desaparecido el sol, y es preciso llevar á la población los ganados.

¡Qué desgracia! Durante el combate han huido del recinto de piedra, y al verse libres han escatado las rocas dispersándose por todas partes.

Después de mil y mil esfuerzos consiguen reunirlos los pastores, pero falta una pieza en la pira de Francisco, y por mas que la llama con su cuerno se muestra sorda y no se presenta.

La noche ha cerrado, y ya no hay esperanza.

¡Cómo presentarse á un padre irritado! ¡Cómo sufrir una corrección rigurosa!

Francisco no se atreve á volver al castillo, despídese llorando de sus hermanos, y al oír la voz de su padre, que llega al valle, cuidados por la lardanza de sus hijos, desaparece entre los montes.

### III.

#### UN AMIGO.

¿Cómo vivió Francisco Pizarro? No tenía provisiones; las frutas de los bosques, las carnes y algunas limosnas le sostuvieron sin duda por la voluntad de Dios. ¿Cómo pudo atravesar las montañas de Sierra Morena y de Sierra Nevada? ¿Cómo pasó el Guadiana y el Guadalquivir?

Dejemos que la mano del Todopoderoso le saque sano y salvo de tantos peligros, para consignar que dos meses después, muerto de hambre y de fatiga, llegaba al campamento establecido delante de Granada.

Aquel era el término de su viaje; podía hacerse soldado y repartir los furibundos mandobles de que tanto le había hablado su padre; dividiria de alto abajo á los sarracenos, le armarian caballero y seria presentado al rey y á la reina. Estos eran sus sueños.

Encontró al fin sitio en una de las tiendas de campaña; pan y selas, pero al acercarse á un oficial y proponerle que quería servir á sus órdenes, aquel le miró sonriéndose y le dijo:

—¿Cómo, diablos, has de aguantar la coraza, pastor?

—No soy tan debil como parezco.

—¿Y cómo has de manejar la espada?

—Aprenderé á servirme de ella.

—El ejército de S. M. católica no se recluta entre villanos como tú.

—Soy caballero, soy Francisco Pizarro, mayorazgo de Estremadura.

—Es decir que has llegado aquí como un vagabundo: haz venir á tu padre para que te presente en el campamento, y veremos si mereces el honor de combatir en nuestras filas.

En todas partes le dijeron lo mismo; en todas partes le exigian que se presentase su padre como fiador; pero ya sabemos que nunca hubiera él consentido en aceptar esta condición.

Desalentado ya y sin esperanza, el mancebo fué á sentarse en la orilla de un foso, á pocos pasos de la tienda real, y allí, á pesar de toda la energía de su ánimo, no pudo contener las lágrimas.

Todavía lloraba, cuando una mano que se apoyó en su hombro, le hizo estremecerse y levantar la vista.

(Continuará.)

### A RADEZKI.

(INÉDITO.)

La Lombardia te creyó un malva  
Y halló que fuiste de su campo oroga,  
Y en Roma los hermanos de Belluga  
De triunfante laurel ornaron tu calva:  
Nadie en Novara de tu ardor se salva,  
Y mas fresca Turin que una lechuga,  
Al verte aproximar su faz arruga  
Y de su esclavitud columbra el alba.  
Mas tú, sin concederles paz ni tregua,  
En ellos das cual poderosa viga,  
Y así les gritas sin parar la yegua:  
«¡Ea italianos! se acabó la liga;  
Seguid siendo cantantes de la legua,  
Que para tal empresa os falta migas».

JUAN NICASIO GALLEGO.

### EL PADRE Y SUS DOS HIJOS.

APÓLOGO.

(INÉDITO.)

Del opaco diciembre en noche fría  
Un padre con sus hijos en mi aldea  
Al calor de la humilde chimenea  
Las perzozas horas divertía.  
A su lado el menor se entretenía  
De naipes fabricando un edificio,  
Con mas cuidado y atención seveya  
Que el mismo Churriguera.  
Cuando trazaba el madreño hospicio.  
El mayor repasaba  
(Que ya en la edad de la razon rayaba)  
Una trágica historia,  
Depósito de cuantos y distales,  
Su lengua atormentando y su memoria  
Con nombres mil de reyes y magnates.  
Mas juicioso notando  
Que á unos llamaba el libro *fundadores*  
Y á otros *conquistadores*,  
¿Cuál es, dijo al papá, la diferencia?  
Aquel llegaban, cuando  
Con feliz inocencia  
Su travieso hermanito,  
Que acababa gozoso  
De coronar su atezcar ostentoso,  
Saltaba de alegría y daba un grito.  
Colérico el mayor se alza violento  
Al verse interrumpido,  
Y el palacio querido  
De un ligero revés arroja al viento.  
Dejando al pobre niño el desconuelo  
De ver su amada fábrica en el suelo.  
El padre entonces con amor le dijo:  
«La respuesta mejor está en la mano:  
«El fundador de imperios es tu hermano,  
«Y tú el conquistador ¿lo entiendes hijo?»

JUAN NICASIO GALLEGO.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEÑALERO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Añabari.